

Tres relatos sobre arte

Escribe: HECTOR LUCIANO

CULTURA GENERAL

Era la primera vez que iba a un lugar como ese. La primera impresión que recibió fue la de que se encontraba en una secta, cuyos santos tenían nombres, apellidos y milagros. No entendía lo que se dice nada y le parecía que lo que allí se trasuntaba, poco tenía que ver con sus gustos y afinidades. Pensó que todo eso tal vez era una ilusión antojada por los allí reunidos, que comentaban sobre artistas como las señoras tomando el té comentan de sus amistades; pensó también en sus cosas y añoró un lugar y un tema donde poder participar. Esta, por lo que se dejaba ver a primera vista, era una casa de algún excéntrico, con cojines en el suelo y como muebles unos cajones quemados y puestos en desorden para dar aire de informalidad, lo que permitía deducir un estereotipo traído de alguna parte para adornar la pretendida intelectualidad. Algo le hacía sentir mal, no sabía qué, pero se sentía al margen y empezaba a enredarse internamente frenado por el argot con que se trataba el ambiente.

—¿Qué tal le parece Camelot? —Le dijo de pronto alguien.

—La verdad, no lo conozco—, contestó él, ante lo inesperado de la pregunta y su ignorancia sobre el tema. Entonces empezaron a hacerle un minucioso examen de nombres, fechas y otras frivolidades culturales. Como no tenía ni idea sobre lo que le preguntaban, optaron por condenarlo a un silencio cesante. Las cabezas se fueron acercando una con otra y las risitas unánimes no lo volvieron a determinar. Un poco avergonzado, un poco molesto, comprendió que su paso siguiente consistía en cómo salir de allí. Prendió un cigarrillo, ofreció otro que le pidieron sin dirigirle la palabra, meditó en lo extraña que era

esa gente. Que culpa tenía él de no saber los nombres de famosos pintores y escritores. En su vida había tenido la oportunidad de saber que existían. Si acaso, conocía alguno que otro poeta que le había cantado a la bandera. Sabía del escritor de "La Vorágine" y hasta habría podido contar algo de ella igual que un chiquillo al salir del matinal refiere la película a los vecinos del barrio, pero no en el lenguaje que allí se estaba utilizando.

—Lo que me gusta de Bitoga es que no tiene simpatías éticas.

—Sí, pero sus versos no cumplen silábicamente con la métrica.

—En cambio, viste? Ojela matiza la prosa con sintonía de forma, aunque sin la sustancia exquisita del estilo de...

—Para mí el mejor es Razatroc; sus poemas son descriptivos, lógicos, patéticos, intencionales...

Cuando lo invitaron a esa fiesta nunca creyó que lo único que les interesaba de él era la plata con que colaborara para el trago. Se alegró cuando la muchacha le propuso ir a esa fiesta —van a ir unos intelectuales— le había dicho, y él, que tenía tantas inquietudes por conocer el mundo de la cultura, aceptó lleno de entusiasmo. Cultura era una palabra de la que se oía hablar en todas partes; hasta la había relacionado con la educación y la virtud. En su barrio, en la oficina, esa palabra tenía un lugar; pero ahora, relacionada con este mundillo, lo horrorizaba. Imposible que la cultura esté representada por estos payasos dogmáticos, que parecen jugando a quién le toma el pelo a quién.

Al fondo estaba una muchacha que era la única que no se dejaba "manosear" por todos. No se había abrazado con ninguno de los de la fiesta y desde que llegó parecía dirigiendo una revista de gimnasia cuando hablaba.

—Bueno, yo creo que el tropicalismo de nuestros pueblos es una cosa de ritmo..... porque en Europa —y la voz le cambió pareciéndosele ahora a la de una nueva animadora aspirante a primera dama de la televisión—... el inglés es flemático por el frío...

Todas estas cosas le hacían pensar que ahí tal vez lo que estaba pasando era que estaban representando una comedia, y que él era el único espectador, era el único que no actuaba. La verdad, era el único que no era importante en esa reunión.

—Tú, ¿qué haces?—, le habían preguntado toda la noche.

—Economista—, había respondido con la esperanza de encontrar algún colega.

—¡Ah!—, contestaron siempre.

Cuando él, a su vez, hizo la misma pregunta, se encontró con actores, pintores, escultores, poetas, escritores y uno que otro crítico de arte.

¿Quién te invitó?— le dijo alguien. El mencionó la muchacha y ésta, creyendo que la llamaba, le respondió —si ya voy— con un gesto de maternalismo que lo hacía sentir un niño tonto y se puso a hablar de los cuadros que exponía en la galería que ella manejaba, haciendo alarde de una cantidad de pintores en serie, con comentarios y críticas de quien se siente importante por tener registrada, a la propiedad de sus anécdotas, cualquier ridiculez. Así pasó la noche hasta el amanecer. Entonces, la directora de la galería salió de un cuarto peinándose y con una sonrisa mojigata le pidió que la llevara a la casa. Cuando él llegó a su apartamento, apenas tuvo tiempo para bañarse y tomar un café antes de llegar a la oficina.

—¿Cómo le fue en su reunión, doctor?— preguntó la trabajadora social... —¿logró el contacto para los planes de cultura?

—No, esos son unos pobres loquitos. Mejor hagamos un programa para deportes.

MARCO OSPINA, CONFERENCISTA

A Marco Ospina.

Todo estaba previsto para la conferencia sobre historia del arte; los diarios habían invitado y los amigos hicieron correr la voz para darse cita en el sitio indicado.

Los conferencistas eran dos hombres de madura edad que después de un tiempo se habían encontrado y decididamente decretaron hablar sobre la historia del arte, que sería tanto

como hablar de la historia de su vida y la de sus amigos. La salita prevista para el acto prácticamente se llenó, si se tiene en cuenta que allí no cabrían más de unas quince personas que afortunadamente fueron al acto. Empezó por tomar la palabra el más joven de los expositores y habló de cómo había llegado a las conclusiones pictóricas que exponía, deshilvanando paso por paso cada uno de los puntos que conformaban su visión de lo que era el cosmos cultural abarcado por su estudio y percepción durante un tiempo, prudentemente capaz de dar fe de una vocación y trabajo continuados, merecedora por lo menos de una medalla de antigüedad, pero que en su caso, más que eso, estaba respaldado por unos resultados reconocidos y exaltados por la crítica y el público en general.

Habló entonces del proceso para llegar a encontrar una manera de expresión, de cómo estaba catalogada esa manera de expresión, hacia dónde iba y qué buscaba con ella y qué esperaba. Después de redondear su idea, viendo que por lo menos en la teoría era lógica y que el camino se enseñoreaba de posibilidades, agradeció a su maestro, ahí presente, por haberlo encaminado desde el comienzo por un buen sendero y le cedió la palabra para que, como profesor de la historia del arte, hablara sobre su obra y la clasificará en algún lugar de la historia. Entonces el otro maestro, o sea el maestro del maestro anterior, contó que su vida como maestro le había enseñado que la única manera de aprender era siendo autodidacta, porque de esta manera se evitaba aprender los vicios de aquel que por ser maestro no era un buen profesional y que, al no ser un buen profesional, era imposible que se le confiara la educación de unas personas que querían abrazar esa profesión. Después explicó que el arte no se puede enseñar. Habló de los "originales" que se niegan a copiar un paisaje por miedo a que la naturaleza los demande por plagio. Habló de la abstracción y contó cómo un hombre puede llegar a plasmar su idea, en una totalidad, sin llenarla de tantos adornos; explicó los procesos del arte sin el oscurantismo que le quieren encontrar aquellos comodines que están alrededor de él, aprovechando la elasticidad de las manifestaciones de los sentimientos para meter su cuchara y, cuando no perturbar, por lo menos enturbiar el verdadero fondo de esa expresión del alma, única comunión del hombre con las más íntimas manifestaciones de su ser. Mencionó el arte publicitado, sin inmutarse por él; lo mencionó simplemente

como referencia, comprendiendo que de cualquier manera, cuando se llegaba a la edad que él tenía, cualquier cosa, llámese zancadilla, trampa, influencia, suerte, ángel o virtud, eran secundarias para la paz que se adquiriría, cuando el hombre se quedaba en pijama en la casa, pintando entre la cama, con sencillas acuarelas, un paisaje de niños, para que se entienda como eso: verdad sin caretas ni ostentaciones, lejos de los monstruosos lienzos decoradores de museos que persiguen la inmortalidad, o valor de uso en la oferta y la demanda en un sistema que lo único que tiene de humano son los románticos artistas que por una necesidad propia producen sus obras para alcahuetear la falta de garantías y estímulos de una verdadera sociedad.

Sus palabras tenían el franco sentido del concepto artístico. Las obras de arte de precios estrafularios, no eran para él más que un hecho simpático, infantil como la política, donde un hombre era elegido presidente por simple simbolismo, no porque cumpliera ningún papel importante, sino que hay que jugar a la democracia y a la cultura, así ésta no exista, como los partidos políticos. Habló de la magia del arte como de lo más natural; todo esto lo permitía deducir en su diálogo sencillo pero universal, como un abuelo bueno, que posee el lenguaje de los niños y la sabiduría de la historia. Cuando hablaba todo era tan fácil, hasta las cosas mayores se simplificaban con su análisis; había tanta salud en su discurso que era posible comprender el arte, el buen sentido del arte, sin prevenciones de ninguna clase. Pensé que ese era el verdadero hombre culto, aquel que podía hablar sin barreras, con la esencia, sin adornos ni complicaciones, aquel que podía hablar bajito, muy quedo, porque sus palabras no necesitaban reflexión ni duda para ser comprendidas, naturales y abstractas a la vez, como la intuición y los presentimientos, aceptados sin carácter de brujería, cosas cósmicas, para no entrar en detalles molestos. Mencionó una sociedad más acorde con las necesidades del hombre; su voz era una profecía de sentido común; una sociedad donde la cultura iría germinando con los días en homenaje a la libertad. Ese era para él el verdadero arte. De ese habló, aunque tal vez la intención al llevarlo allí era la de que hablara de su alumno y amigo, pero él aprovechó la ocasión para darle una lección más. Ojalá la aprendiera.